

Las repúblicas islámicas de la antigua URSS viran hacia el nacionalcomunismo

Edouard Sablier

Según vaticinaban esos agoreros a quienes en Occidente se llamaba “kremlinólogos”, cuando se produjeron los primeros resquebrajamientos en el poder soviético, el estallido del imperio sería resultado de la sublevación de las repúblicas musulmanas. Ha sucedido precisamente lo contrario. Lo que ha provocado el cambio en Asia ha sido el hundimiento de la autoridad central en los territorios europeos de la Unión.

Una tras otra, las quince repúblicas creadas por el régimen estalinista se han liberado de la presión comunista. Pero las denominadas repúblicas musulmanas –cinco en Asia: Uzbekistán, Turkmenistán, Tayikistán, Kirguizia, Kazajstán; y una en el Cáucaso: Azerbaiyán– adoptaron al principio una actitud de espera.

Sus dirigentes, que alcanzaron el poder gracias a la máquina comunista, se las ingeniaron para prolongar su existencia, apoyándose en *aparatchiki* que conservaban el poder real a todos los niveles. Tayikistán es el único país en el que el partido comunista ha vuelto a adoptar oficialmente su nombre, que había abandonado a raíz del fracaso del golpe de Moscú. El presidente Rajmán Nabíyev afirma que ha instituido un régimen democrático, dotado con una nueva Constitución.

En las otras repúblicas, los comunistas también están en el poder, pero han cambiado de nombre. En Uzbekistán, el presidente Islam Karimov, antiguo hombre fuerte del Partido, ha rehabilitado al ex presidente Charaf Rachidof, que había sido expulsado por Mijail Gorbachov debido a sus relacio-

Edouard Sablier, especialista en cuestiones del Cercano Oriente y del islam, ha sido editorialista de *Le Monde*, comentarista de política extranjera de *Radio-France* y corresponsal del Institute for Strategic Studies de Londres. Es también autor de varios libros.

nes con el yerno de Leónidas Bréznov, condenado por malversaciones y fraudes.

En Turkmenistán, ha sido elegido Sopomurad Niyazov, jefe del partido comunista, con el 95 por cien de los votos. En Kirguizia, el presidente Akeev Askar es un universalista de tendencia más bien liberal. Pero la burocracia comunista sigue en su sitio y los dirigentes comunistas se comportan como reyezuelos. El presidente de Kazajstán, Nursultán Nazarbaiev, es uno de los que más abiertamente han deplorado la caída del comunismo en la URSS. Está a favor de la ampliación de los vínculos económicos con Moscú y persigue a la oposición democrática.

Sólo una república se aparta del conformismo que impera en Asia central: la República de Azerbaiyán, en el Cáucaso. El presidente Aboulfaz Elehibey, elegido a través de unas elecciones verdaderamente democráticas, nunca ha pertenecido al Partido Comunista. Llevado al poder por un frente popular, ha confiado los puestos clave –interior, defensa, asuntos exteriores, parlamento, televisión– a anticomunistas convencidos. Pero el país se encuentra enzarzado en una guerra abierta: los vecinos armenios han echado a los azeríes de Nagorni Karabaj y someten a Nakhitcheván a bombardeos intensivos.

El conjunto de las repúblicas musulmanas empieza a moverse, no para romper con Moscú, sino para tener en cuenta la coloración nacional que exigen los intelectuales y las profesiones liberales. Estos países descubren la independencia y la libertad sin haberlas reivindicado muy en serio. El islam ha favorecido esta evolución, pero en ningún sitio ha sido su causa inmediata.

Los pueblos de Asia central y del Cáucaso se han visto paralizados por las trabas que, durante tres cuartos de siglo, la dictadura comunista les ha impuesto. La principal preocupación de las autoridades soviéticas era romper el bloque islámico, aislando a la población musulmana en entidades determinadas por datos étnicos. Pero, sobre todo, el Kremlin ha intentado resucitar, para cada uno de los pueblos afectados, un pasado histórico distinto, crear una cultura nacional con todas sus piezas, un folklore ligado a los orígenes.

La enseñanza fue impartida en la lengua local, lo que permitió una penetración más rápida de la ideología. La lengua rusa, transmitida por el alfabeto cirílico, sirvió como expresión común para todos esos pueblos que no podían comunicarse entre sí más que en el idioma de la metrópoli.

Por medio de una distribución diabólica, Stalin inyectó a cada una de las repúblicas minorías étnicas que constituían un obstáculo para la unidad nacional. Cuatrocientos mil rusos controlan en Tayikistán la totalidad de la industria; un millón de uzbekos, cuya fidelidad se decanta

más bien hacia Uzbekistán, monopolizan la mayor parte del comercio, mientras que en Uzbekistán viven 800.000 tártaros.

La población de Kirguizia incluye un 10 por cien de uzbekos. Su capital, Bishkek, no tiene más que un 25 por cien de kazajos. El resto son rusos o alemanes. En Kazajstán, el 40 por cien de la población es rusa.

Si, a primera vista, las repúblicas musulmanas de la antigua Unión Soviética presentan afinidades en el ámbito cultural y en el patrimonio religioso, sus diferencias en el plano económico se muestran cada día más acentuadas. Turkmenistán posee recursos de hidrocarburos más importantes que los de Argelia. Sus reservas probadas son de 10 billones de metros cúbicos de gas; 213 millones de toneladas de petróleo. Sus ingresos, hasta ahora confiscados por Moscú, pueden convertir a sus habitantes en una población tan próspera como la del golfo Pérsico.

Kazajstán está lleno de riquezas: uranio, diamantes, oro, carbón, petróleo. En el Norte, las inmensas extensiones de tierras vírgenes ofrecen fabulosas posibilidades. Bien explotado, el país podría equipararse con las grandes potencias económicas en un futuro no demasiado lejano. Azerbaiyán dispone de recursos considerables de petróleo, algodón, minerales y producción agrícola.

Por el contrario, Uzbekistán se enfrenta a terribles problemas medioambientales.

La superproducción de algodón impuesta por los planes quinquenales ha asfixiado la economía. Ha provocado la desaparición del mar de Aral y una mortalidad infantil que alcanza proporciones dramáticas. En Tayikistán, cuya tasa de natalidad era la más elevada de la antigua Unión Soviética, el 52 por cien de la población tiene menos de 18 años. El paro asciende a más de 600.000 desempleados, o sea, el 24 por cien de la población activa. En Kirguizia el futuro económico se presenta igualmente bastante negro.

Bien o mal, estos países se han visto empujados al escenario mundial. Su llegada suscita codicias y esperanzas. Las cancillerías se endurecen para intentar labrarse esferas de influencia e implantar empresas rentables en territorios hasta ahora prohibidos.

Los norteamericanos han perdido un tiempo precioso anunciando que no instalarían misiones diplomáticas más que en aquellas naciones que se adecuaban a los derechos del hombre. El secretario de Estado, James Baker, ha realizado una gira por Asia central y el Cáucaso, formulando diez condiciones que debían aceptar los dirigentes para beneficiarse de la ayuda de Washington.

Evidentemente, este discurso no ha cosechado ningún éxito entre los gobiernos, cuya única preocupación en la actualidad es obtener bienes

terrenales para la supervivencia de sus pueblos. Ante el fracaso de su apostolado y la creciente competencia de los demás países, Baker ha decidido proceder sin más dilación a la inauguración de misiones diplomáticas. El Departamento de Estado tiene previsto instalar una embajada en cada uno de los once países de la antigua Unión Soviética.

Estados Unidos tiene una razón añadida para darse prisa. Kazajstán ha heredado 2.000 cabezas nucleares, de las cuales 1.800 están dispuestas sobre vectores que pertenecen al Ejército Rojo. El pasado 20 de diciembre, un misil SS-19, con un alcance de 9.000 kilómetros, fue lanzado hacia la península de Kamchactka. El presidente kazajo se ha comprometido a respetar los tratados que reglamentan el armamento estratégico, lo que no le compromete a nada, puesto que las armas nucleares que hay en Kazajstán siguen íntegramente en manos del mando ruso.

La instalación de misiones extranjeras no es fácil. En estos países, por lo general el derecho local no permite la adquisición de bienes inmobiliarios ni a los extranjeros ni a los nacionales. Los diplomáticos se ven obligados a instalarse provisionalmente en hoteles más o menos confortables. Por otra parte, el coste de instalación de una embajada es considerable. Estados Unidos cuenta con 28 millones de dólares para el conjunto de los once puestos previstos.

Los británicos, más pragmáticos, se conforman con enviar agentes consulares, cuya instalación exige menos formalidades y menos gastos. En cuanto a Francia, su cuerpo diplomático padecía la tradición de turcofobia legada por el presidente Giscard d'Estaing y retomada por los ministros socialistas, Claude Cheysson y Roland Dumas, cuyas preferencias en Oriente se decantaban por los palestinos e Irán.

El Quai d'Orsay intenta recuperar su retraso, pero su intento tropieza con dos obstáculos. Los titulares elegidos para ocupar los puestos son licenciados en lenguas orientales, pero no en persa ni en turco: no hablan más que ruso, lo que les lleva a defender la antigua lengua de comunicación ante los pueblos emancipados. Y, por razones ineludibles de ahorro, sólo se han creado tres puestos en las repúblicas musulmanas (Uzbekistán, Kazajstán, Azerbaiyán), mientras la gestión de las otras se ha confiado al puesto de Tashkent, lo que está mal visto sobre todo entre los tayikos, que siguen desconfiando de todo lo que venga de los uzbekos.

La tarea de estos recién llegados no será tanto establecer relaciones con antiguos territorios soviéticos, cuanto adaptarse al marco milenario que nunca ha desaparecido. Tres cuartos de siglo de dominación comunista no han modificado las verdaderas estructuras de estos países. Lejos de Moscú, nunca se han visto profundamente impregnados por

Rusia. Bajo los colores rojos han sobrevivido los feudalismos patriarcales. Las tradiciones de opresión se han mantenido en nombre del comunismo.

De hecho, las autoridades comunistas habían aceptado acuerdos con los sátrapas que estaban en el poder: éstos proporcionaban la materia prima y la mano de obra exigidas por el poder central y mantenían el orden. A cambio, seguían gozando de libertad para gobernar a su manera, según sus costumbres ancestrales. El koljós se corresponde con el latifundio de las viejas familias. Su organización ha sido a veces designada con el nombre de “brigadas familiares”. Y su clientela guardaba cierto parentesco con la mafia.

En un régimen así, la economía es la del “zoco”, un recuerdo de mercado libre que funciona entre las poblaciones subdesarrolladas. Paralelamente, el comunismo ha creado funcionarios sin espíritu de empresa. Los pueblos que ahora se han emancipado no tienen ninguna inspiración que les permita construir al margen de la tradición.

Sobre las ruinas del imperio soviético, surge un nuevo tipo de organización política: una especie de “nacional-comunismo”. Su inspiración es el nacionalismo; su funcionamiento está asegurado – provisionalmente – por el antiguo *aparato* comunista. Así, sin rebelarse contra lo que fue durante setenta y cinco años la madre patria, es como las poblaciones de Asia central y del Cáucaso emprenden el camino de la independencia.

En el seno de esta evolución, el islam intenta recuperar el lugar privilegiado que ostentaba. Todavía hoy, el ochenta por cien de la población autóctona se declara musulmana. La práctica totalidad de la población, incluidos los “ateos”, e incluso los *apparatchiki* comunistas, practican los ritos y las costumbres religiosas. Como en todos los países musulmanes vecinos, “ateo” sigue siendo sinónimo de golfo o de espíritu débil.

En Dushanbé, capital de Tayikistán, las multitudes están aprendiendo de nuevo a rezar. En la plaza Lenin, rebautizada con el nombre de plaza de los Mártires, frente al palacio presidencial, las multitudes escuchan los sermones, las plegarias, que se alternan con los vídeos musicales de Michael Jackson, que los altavoces difunden por toda la ciudad. En todas las repúblicas, la religión era transmitida por los viejos: era el “islam de cocina”, perpetuado alrededor de la mesa familiar.

Los regímenes musulmanes de los países vecinos se arrojaron sobre la presa que se ofrecía. Arabia financia la construcción de mezquitas. Este año ha consagrado siete millones de dólares a la difusión de ejemplares del Corán. Se ofrecen becas a los estudiantes: el peregrinaje a la Meca, incluido. En toda la región se sintoniza la radio de los *muyahidín* afganos, que acaban de hacerse con el poder en Kabul.

Irán, sobre todo, intenta imponer su influencia. En el siglo pasado, los territorios que hoy en día constituyen Azerbaiyán, Turkmenistán, Tayikistán, Uzbekistán, e incluso Armenia y Georgia, eran provincias del Imperio Persa. Teherán ha abierto una embajada en Dushanbé. El presidente iraní, Hachemí Rafsanyani, se desplazó personalmente para propugnar una alianza, inaugurando simbólicamente una nueva línea ferroviaria entre Turkmenistán y el Khorassan iraní. *Mulás* barbudos, circulando en lujosos Mercedes o 4 x 4, atraviesan las capitales distribuyendo ejemplares del Corán y octavillas.

Cazatalentos iraníes ofrecen salarios fabulosos a los expertos en energía atómica que se ven reducidos al paro, para desarrollar el armamento iraní construido con la ayuda de China y de Corea del Norte. Pero el interés que se asigna a Irán se deriva menos de motivos religiosos o históricos que de la esperanza de recibir una ayuda material, en los países que sufren paro, inflación y escasez.

Además, el progreso del islam tropieza con serios adversarios. Las mujeres rechazan las prescripciones coránicas que ordenan llevar el velo y les prohíben desempeñar un empleo.

En ciertas repúblicas, como Kazajstán y Kirguizia, la población mayoritariamente nómada que vive en las estepas o en las regiones montañosas se ha visto poco afectada, a lo largo de los siglos, por la predicación islámica. Sigue siendo reacia a la propaganda iraní y árabe. Por el contrario, las condiciones son favorables para el progreso de otro socio: Turquía, laica y democrática.

Aparte de tres millones de tayikos, que emplean un dialecto similar al persa, todas las poblaciones musulmanas del imperio soviético eran turcófonas. De las once lenguas oficiales de la URSS, cinco eran dialectos turcos.

Las masas siguen estando profundamente ligadas a la cultura y al pasado de Turquía.

La población musulmana incluye, además de los 55 millones de personas naturales de las repúblicas islámicas, siete millones de tártaros, cientos de miles de chechenes, inguches, calmucos, repartidos por el conjunto de los territorios que dependían de Moscú. En total, 75 millones de habitantes, es decir, la cuarta parte de la población del antiguo imperio.

Los dirigentes de Asia central y del Cáucaso han seguido, todos, el camino de Ankara.

Todos se expresan en turco y rinden homenaje a la herencia común. Todos están buscando normas comunes en lo referente a moneda, alfabeto, medida. Azerbaiyán ya ha sustituido la escritura cirílica,

impuesta por los comunistas, por el alfabeto latino que se utiliza en Turquía.

El presidente de Kazajstán, Nursultán Nazarbaiev, declaraba en Ankara: “Queremos una economía de mercado, verdaderamente libre. Nuestro único modelo será Turquía”. El presidente uzbeko, Islam Karimov, ha firmado acuerdos de comercio y de intercambios culturales, proclamando: “Mi país va a avanzar por la vía abierta por Turquía”.

Al mismo tiempo, en Turquía se ha desencadenado una fantástica actividad. Los suministros turcos desempeñan un papel vital para la subsistencia de las repúblicas musulmanas. Cada día, camiones que transportan pesadas cargas avanzan por las carreteras de Asia central”. Se han establecido enlaces aéreos diarios entre Estambul y Bakú. En Trebisonda se han creado dieciséis agencias de viajes. El puerto del mar Negro, que estaba en punto muerto desde hacía medio siglo, ha recuperado una intensa actividad.

La radio y la televisión de Ankara realizan programas que despiertan el entusiasmo al otro lado de sus fronteras. El ministro turco de Asuntos Exteriores ha creado un Departamento de Oriente, que se encarga especialmente de las relaciones con las repúblicas musulmanas. Se ha recurrido a técnicos, para que sustituyan en estos países a los altos cargos del Ejército, de la diplomacia, del KGB, que eran todos de origen eslavo.

El pasado mes de abril, Gavriil Popov, entonces alcalde de Moscú, confesaba al primer ministro turco, Solimán Demirel, en el transcurso de una visita a Asia central: “Rusia ya no tiene medios para influir en esta región. Turquía tendrá que tomar urgentemente el relevo...”.